

La Última Curva



Art. 51 2 de febrero de 2026

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

¿Estamos preparados para situaciones límite en el clima?

El pasado **miércoles 28 de enero**, el norte de Madrid sufrió los efectos de una **nevada intensa**. A muchos nos vino a la cabeza un nombre propio: *Filomena*.

Enseguida se empezó a leer y a escuchar que todo había salido bien, que esta vez sí, que ahora estamos preparados, que hemos aprendido la lección. Que desde *la señora* —la filo— las infraestructuras responden mejor.

Y sin embargo... basta con mirar **vídeos y fotografías** para que surjan dudas razonables. No tanto por las infraestructuras —que también—, sino por algo que me preocupa mucho más y que me genera una sensación real de **miedo y desconfianza**:

“el individuo”

Porque no, no estamos preparados.
Ni como sociedad, ni como conductores, ni como ciudadanos.

He visto imágenes de **agentes de la Guardia Civil de Tráfico corriendo delante de un quitanieves** para que los vehículos se apartaran y dejaran paso. Se repite una y otra vez que, en estas situaciones, **el carril izquierdo debe quedar libre**. Y no ocurre.

Se avisa **con días de antelación** de una probabilidad alta y real de nieve. Y aun así, no solo no nos preparamos... es que **nos da igual**.

Salimos con el coche porque “hay que llegar al trabajo, sí o sí”, —por ejemplo—. —Aunque luego no vayamos un día porque nos ha salido un juanete o porque hemos estornudado dos veces—.

Me resulta incomprensible.
Como también lo es que la pregunta recurrente sea:
¿Es obligatorio ir a trabajar?
¿Qué pasa si no voy?

¿De verdad no somos conscientes del **riesgo real** que asumimos?
¿Tan ciegos estamos? Esto es un problema muy profundo...

Decidir también es responsabilidad

Ante una situación así, sabiendo que **no estamos preparados** o que el riesgo de siniestro es alto, hay algo que cuesta aceptar pero que es profundamente responsable: **quedarse en casa**.

No, por eso **no le van a despedir**.

Y si, por una circunstancia justificada como esta, no va a trabajar, no se preocupe: **el mundo seguirá girando**. La vida continuará. Estoy convencido.

El problema es que **no somos conscientes del riesgo**, en parte porque no estamos bien informados ni formados, y en parte por esa peligrosa sensación de falsa seguridad tan instalada en la circulación:

“A mí no me va a pasar.”

Hasta que pasa.

Y créanme: **pasa**.

En la carretera parece que nuestro **instinto de supervivencia ha desaparecido**.

Y eso no es solo peligroso. Es **gravísimo**.

Responsabilidad individual vs. responsabilidad colectiva

Nos gusta pensar que los problemas vienen de fuera: del clima, de la nevada, de la administración, de las infraestructuras.

Pero casi nunca miramos al sitio incómodo: **a nosotros mismos**.

Porque una nevada intensa no es solo una prueba para las carreteras.

Es, sobre todo, una **prueba de sentido común y de responsabilidad individual**.

Sabemos que puede nevar, sabemos que el riesgo es alto, sabemos que no estamos preparados.

Y aun así salimos.

Salimos sin neumáticos adecuados, salimos sin cadenas, salimos sin informarnos, salimos sin pensar en los demás.

Y cuando todo se complica, entonces sí, pedimos que nos rescaten. Que despejen. Que actúen rápido. Que solucionen lo que **nosotros mismos hemos contribuido a empeorar**.

Ahí es donde falla lo colectivo: cuando lo individual va por libre.

Cuando cada uno decide que su urgencia es más importante que la seguridad de todos.

Cuando confundimos **derechos** con **caprichos** y **necesidad** con **comodidad**.

La falsa imagen del “yo puedo”

Existe una imagen absurda muy instalada en la conducción:

la del *“yo controlo”, “yo llego”, “yo puedo pasar”*.

Es la misma que aparece con la lluvia, con el alcohol, con el móvil o con la velocidad.

Y casi siempre acaba igual: **mal**.

El problema no es la nevada.

El problema es creer que **somos invencibles** en un entorno que no perdona errores.

La carretera no entiende de horarios, ni de prisas, ni de jefes impacientes.

La física tampoco.

Conclusión (si se me permite)

No, no estamos preparados para situaciones límite en el clima.

Pero no por falta de medios.

Por **exceso de ego**.

Tal vez el verdadero plan de emergencia no sea solo tener más quitanieves, más sal o más protocolos.

Tal vez sea algo más sencillo —y más difícil—: **pensar, parar, quedarse en casa cuando toca** y entender que llegar tarde es infinitamente mejor que no llegar.

Porque el trabajo puede esperar.

El atasco se soluciona.

La carretera se limpia.

La vida, no.

Y mientras sigamos creyendo que “a mí no me va a pasar”, seguiremos preguntándonos por qué pasa...justo cuando ya es demasiado tarde.

Una mención imprescindible

Quiero terminar este artículo agradeciendo, una vez más, el **magnífico trabajo y la enorme paciencia** de la **Guardia Civil de Tráfico**.

Sin ellos, en situaciones como esta, **el caos sería absoluto**.